

TRES HISTORIAS A TRES DÍAS DE SANTIAGO

“Escribir para las personas y no para las instituciones”

Alberto Flores Galindo

Por Evelyn Seminario. Un Techo para mi País - Perú



El Perú es un país lleno de cifras, somos más de 26 millones de peruanos, de los cuales más de la mitad son pobres. De éstos, aproximadamente 8 millones viven en Lima. El desempleo y subempleo alcanza a más del 70% de la población, y casi el 90% de los habitantes no está de acuerdo con la distribución de la riqueza.

En los últimos meses -que coincidieron con el proceso electoral- los datos anteriormente detallados han sido tan expuestos, que un peruano medianamente informado puede redactar todo un párrafo sin necesidad de revisar un libro publicado por el INEI o involucrarse en una búsqueda cibernética. La sobre exposición a tal información, tan acorde con las promesas presidenciales, ha reavivado diversos debates teóricos acerca del “problema de la pobreza” y una búsqueda insaciable de causas, consecuencias y de soluciones.

Sin embargo, el tiempo no se detiene, sigue su curso, y mientras varios sectores intensifican sus luchas, paralelamente existe un grueso de la población que tiene varias demandas que no son escuchadas y que en ciertos momentos pueden ser completamente ignoradas. El presente relato no pretende esbozar alguna nueva teoría de las ya muchas existentes, sino dar a conocer algunas de estas voces y de estas historias que a veces se pierden entre números.

Lima, como planteaba al comienzo de este artículo, absorbe a gran parte de la población. Sin embargo, Lima no es el Perú, como plantea Salazar Bondy; pero no cabe la menor duda de que desde ella se irradia a todo el país un lustre que desdichadamente no es el del esclarecimiento. Por tal motivo, las historias se centran en esta urbe que cada día que pasa alberga a más gente y que por más que



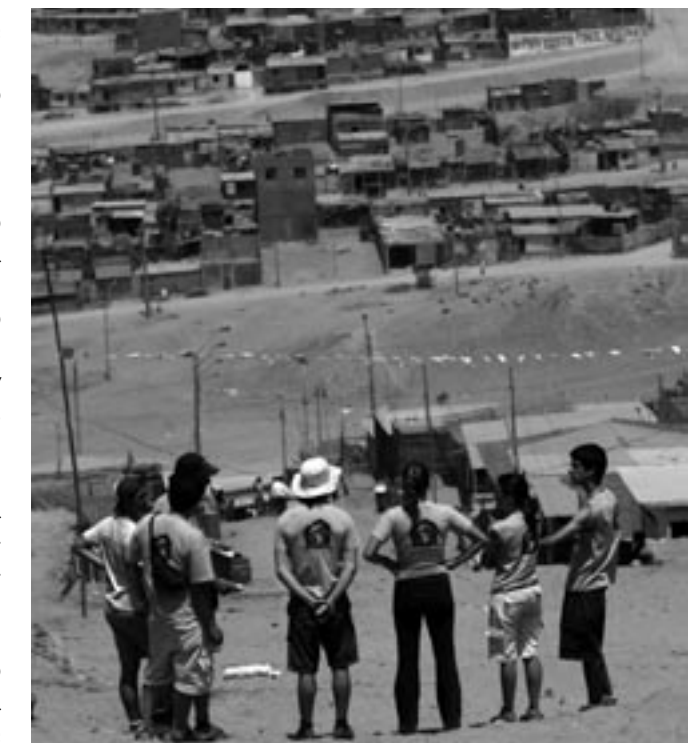
cueste reconocerlo resume un poco el sentir nacional. El “12 de diciembre” se encuentra a dos horas y media del lugar donde vivo, queda en la periferia de la ciudad y no tiene acceso a agua potable, luz, ni mucho menos a pistas asfaltadas. Mientras “viajo” en el bus, va cambiando el paisaje: los grandes edificios poco a poco comienzan a escasear, aparecen las luces de neón, las casas más pequeñas comienzan a desaparecer, las pistas y el ambiente se van enrareciendo, poco a poco se terminan los grandes caminos de cemento y comienzan los de arena. De verdad Lima es un desierto.

Bajo en el lugar habitual y comienzo a subir el cerro. No importa cuántas veces lo haya hecho, llego a la cumbre sin respiración. Desde el punto más alto del asentamiento, que irónicamente queda al lado de una cruz, se divisan muchas de las casas que hemos construido. Permanezco un par de minutos parada en ese punto, cuando una risa me distrae. Es Zulema que sube con su hijo Juan en las espaldas, burlándose de cómo me he cansado tan rápido mientras que ella permanece aún con aliento.

Zulema tiene casi 40 años, dos hijos mayores de 19 y 18, una hija de trece, y el menor, Juan, de dos. Ella es de Ayacucho, y como la mayoría de las personas del “12 de diciembre”, vino a Lima en busca de un futuro mejor. Paso a su casa. Mientras me invita algo de tomar, Zulema comenta que además del porvenir quiso migrar de Ayacucho por “lo que vio”. Se refiere a los horrores del conflicto armado interno, la época del terrorismo.

“No pues, señorita, y no regresaba, así con hambre, frío, qué me importaba a mí. Si se llevaban a los hombres y no volvían y regresaban a las mujeres ya con el hijo. Mi papá me mandó pues a la casa de mi tío acá en Lima para que

estuviera mejor. Cómo lloraba yo... unas cartas no más, después ya no supe más de mis papás ni de mis hermanitos... nada supe ya, ni los pude traer, nada...”. A pesar de que han pasado más de 20 años, a Zulema aún se le llenan los ojos de lágrimas cuando cuenta esta historia. Durante la década de los ochenta y principios de los noventa, el Perú estuvo inmerso en una guerra interna, y hace ya casi tres años se entregó el Informe Final de





la Comisión de la Verdad y Reconciliación, que recoge, entre otras cosas, testimonios como el de Zulema. En casi dos décadas de terror, en el Perú hubo más de 69 mil muertos y desaparecidos. Muchas concepciones y tradiciones se vieron alteradas y miles de campesinos en búsqueda de seguridad fueron desplazados a las grandes ciudades. Éstos los expulsaron a su vez a las zonas más retiradas, a los perímetros, como si se quisiera negar la realidad ocultándola, alejándola.

Zulema recuerda con nostalgia su vida en comunidad. Dentro de la cosmovisión andina, padre o madre no sólo son los biológicos, sino también la generación correspondiente a la de los padres. Siguiendo esta lógica, algunos no sólo perdieron a su padre biológico sino también a los padres y hermanos de toda la comunidad, lo que afectó sus tradiciones, desarrollo y su progreso económico. Ella me enseña algunas palabras en quechua. Yo, instantáneamente recuerdo waqcha, que en quechua designa tanto “pobre como “huérfano”, “sin familia”. El panorama se va aclarando poco a poco.

Le pregunto a Zulema por Carmen, una de sus vecinas. Me dice que se ha ido a la “jornada” en el colegio y que regresará para la hora del almuerzo. Es increíble, pienso, cómo a pesar del tiempo y de las distancias, las estrategias para el desarrollo de la comunidad no han cambiado mucho. La jornada a la que se refiere Zulema no es otra sino la de la construcción del colegio. Los pobladores se han inscrito en turnos, ya que, si quieren avanzar con la edificación, tienen que trabajar todos en él. La organización colectiva se abre paso entre el vacío del Estado, como los rezagos de una minka .

Me despido de Zulema para ir de visita al colegio. En el camino me encuentro con Lourdes, una niña de siete

años, muy dulce, despierta y cariñosa. Vamos a su casa para saludar a sus demás hermanos. Es casi ya la hora del almuerzo, y Darcila, la mayor de doce años, está cocinando para los cuatro menores. Su mamá, Inés, llegará dentro de poco; ha salido a trabajar a las cinco o cuatro de la mañana, los niños no recuerdan bien porque estaban dormidos. Ella es “recicladora”: recoge basura de los diversos distritos cercanos y separa los papeles, cartones, plásticos, vidrios, entre otros, para luego venderlos. En el verano sus hijos mayores la acompañan, pero en época de colegio se quedan en casa.

En varios distritos de Lima, en las noches o a primera hora de la mañana se ve a diversos grupos de personas, sin importar la edad (niños, adultos y ancianos) hurgando entre las bolsas de basura. Nadie sabe cómo se llaman ni muy bien qué es lo que hacen ahí, lo que sí es un hecho real es que separan la basura y se la llevan. Tienen entre sus enemigos más notables a los perros o al camión que recoge los desperdicios, ya que cuando cambian sus horarios para ellos ya no hay bolsas que escudriñar.

Vani, otra de las hijas de Inés, me invita un dulce. Comenta que su mamá se lo compró por haber ido a vender huevo con choclo afuera del lugar donde a Inés le tocaba votar. Tenían que pagar una cuota para el rípiado de las calles y no tenían cómo hacerlo, así que no encontraron una mejor solución que la venta de comida. Dice que su mamá trabaja mucho, hasta domingos, comenta orgullosa, pero que a veces “por un montón de plástico como de tres días le dan 20 soles , pero otros días hay más suerte”.

Seguimos jugando en la arena y se acerca Christopher: “Tú eres la que me llevó al doctor”, comenta. En la construcción de abril, hubo una cuadrilla que no comenzaba sus labores, la de la casa de Patty. Se debía a que llegó

su esposo totalmente ebrio, se bajó del mototaxi y cayó al suelo en la puerta de su casa. Patricia comenzó a reclamarle muchas cosas, entre ellas, cómo en un día tan importante él le respondía así. Carlos se paró e intentó golpearla, mientras su hija salió de la casa de esteras para decir que su hermanito, Christopher, tenía mucha fiebre y estaba temblando en la cama.

Patty no podía llevarlo a la posta porque no tenía dinero. Además, para conseguir un transporte tuvimos que bajar hasta la carretera y detener una camioneta de SEDAPAL . En el centro de salud, mientras esperábamos los análisis, comenzó su historia. Carlos ya no vive con ella, regresa cada vez que desea y si ella no le abre la puerta de la casa amenaza con quemarla. Solía golpearla. Además, sus hijos no tienen el seguro escolar, puesto que al no tener partidas de nacimiento -Carlos no había tenido, en siete años, tiempo para ir a los registros a firmar los papeles- no se podía acceder a ese beneficio. Christopher tenía tifoidea, se tenía que disminuir la fiebre y tomar cierta clase de medicamentos.

En Lima, de cada cien mujeres, 48 son víctimas de violencia por parte de sus parejas. Al igual que Patty, casi nadie hace alguna denuncia, sino que se mantienen dentro del círculo de dominación. Esta cifra, sumada a la de que en una hora, nueve mujeres son violadas; altera todo sentido del cuidado y del respeto por el otro. En este punto quisiera detenerme, porque la violencia de género y la posesión del cuerpo de la mujer como objeto de dominación han llegado a cifras alarmantes. Patty no denunciará a Carlos, porque en la comisaría no le harán caso, le dirán que es su “obligación” atender a su marido o comprenderlo. Paralelamente, el debate político se centra en si se debe habilitar la pena de muerte para los violadores

de menores en lugar de buscar soluciones concretas. En ciertos momentos realmente me siento tercermundista. Pero volviendo al problema de Christopher, en el “12 de diciembre” no hay agua, y obviamente los niños se enferman. Todos los días llega un camión que hace malabares para subir por los caminos de arena, tocando la bocina a rabiar. El conductor, por breves instantes, es el personaje más importante en el barrio. La gente sale corriendo de sus casas llamando al “aguatero” para que llene sus baldes.

En un mes ellos gastarán entre 20 o 25 soles. Yo, tomando una ducha de una hora, lavándome las manos a cada instante y, tengo que admitirlo, desperdiciando agua, no pagaré más de 34 soles sin esfuerzo alguno.

En las últimas elecciones presidenciales uno de los candidatos se presentó entre otras cosas con el slogan “democracia es agua para todos”. La vivencia de una ciudadanía plena es irrisoria. Matos Mar habla de un divorcio entre la sociedad nacional y el Estado, que justamente el fenómeno migratorio en el Perú y el desborde popular en Lima abren el camino para generar una toma de conciencia, para la construcción de una identidad nacional auténtica. Es decir, la aspiración de ser parte de una sociedad real, y no de una sociedad de algunos.

Por mucho tiempo fueron considerados parte del “otro Perú”, o tal vez, sus historias fueron puestas detrás de cifras que les quitaron vida, ayudando a mantenerlas lejanas, excusando así nuestra indiferencia. Resulta más cómodo e incluso permite escarpamos de tensiones elaborar discursos llenos de cantidades. Pero al aproximarnos a la realidad, movernos de las aulas universitarias y entrelazar vínculos y mantenerlos, aprendernos nombres y no meros datos, realmente podría comenzar el cambio del que habla Matos Mar.

